



JUNTA DE ANDALUCÍA

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Corpus
Epigráfico
de la Alhambra

Palacio de Comares





Corpus
Epigráfico
de la Alhambra

Palacio de Comares

PRESENTACIÓN

M^ª del Mar Villafranca Jiménez

Directora del Patronato de la Alhambra y el Generalife

Página 4

LAS INSCRIPCIONES ÁRABES DE LA ALHAMBRA

Juan Castilla Brazales

Investigador principal del Corpus Epigráfico de la Alhambra

Página 8

RECOMENDACIONES DE USO

Página 32

CRÉDITOS

Página 34



CORPUS EPIGRÁFICO DE LA ALHAMBRA

M^{ra} del Mar Villafranca Jiménez

Directora del Patronato de la Alhambra y el Generalife

Presentación

En numerosas ocasiones se ha dicho que la Alhambra es el libro más lujosamente editado. También que es una arquitectura de textos. Y en cierto sentido podemos considerarla como tal, un hermoso tapiz de epigrafías que, alojado entre sus techos, fuentes y muros, enriquece estética y simbólicamente la arquitectura que lo contiene. Es ese componente ornamental de la caligrafía árabe, ya sea en su vertiente cúfica o nasji, el que contribuye a dotar de énfasis estético, histórico y filológico al mundo cultural y político nazarí. Las epigrafías de la Alhambra nos ilustran sobre el significado de los espacios arquitectónicos, a menudo recurriendo a bellas metáforas, sirven de alabanza a Allah y de apología al sultán que las promueve, se convierten en lenguaje que interroga y contesta al mismo tiempo, en su doble vertiente de continente y contenido, dando razón de ser a la propia arquitectura aúlica, una auténtica arquitectura “animada”.

Las inscripciones de los palacios alhambreños, en su vertiente material fueron obra de grabadores y calígrafos, quedando el programa intelectual reservado a los poderosos responsables de la Secretaría de Redacción de la corte nazarí con rango de Ministerio. Ibn al-Yayyab, Ibn al-Jatib e Ibn Zamrak, poetas de la Alhambra, ejercieron el cargo de modo consecutivo y

representan el periodo de mayor esplendor de la poesía epigráfica de la corte nazarí. Hoy podemos conocer sus bellas composiciones gracias al esfuerzo investigador realizado a lo largo de muchos años por numerosos especialistas.

El interés por trascender el significado de las epigrafías alhambrenas va a estar presente desde los primeros momentos de incorporación de la Alhambra a las propiedades de la Corona de Castilla. La temprana constitución de la Escuela de Romanceros del Cabildo en 1501, formada por cuatro intérpretes y doce pregoneros dedicados a la traducción de las inscripciones árabes de Granada, da cuenta del énfasis político de la empresa que sería continuada más tarde, en época de Felipe II, por el morisco Alonso del Castillo en 1564 cuyo trabajo puede ser considerado como la primera obra de recopilación de la epigrafía árabe granadina. A ella seguirían otras entre las que destaca la obra de Emilio Lafuente Alcántara de 1859 uno de los mejores esfuerzos de traducción epigráfica realizados en el siglo XIX y punto de partida para todos los estudios que vinieron después: Gaspar y Remiro, Levi-Provençal, Nykl, García Gómez y más recientemente Darío Cabanelas, Antonio Fernández Puertas y M^{ra} Jesús Rubiera Mata a los que hay que sumar las últimas contribuciones de Ahmad Salim al-Humsi (1998) y de Mohamed El-Gamal (2004).

Hace ya algunos años que el Patronato de la Alhambra y el Generalife en colaboración con la Escuela de Estudios Árabes, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se propuso la ingente tarea de llevar a cabo la investigación y el análisis topográfico, filológico, artístico, bibliográfico y de contenidos de todas las inscripciones caligráficas del monumento, que bajo la denominación de Corpus Epigráfico de la Alhambra presentamos ahora como primeros resultados a los que seguirán otros próximamente. Un total de tres mil ciento dieciséis inscripciones pertenecientes al ámbito del Palacio de Comares, uno de los conjuntos más ricos y homogéneos entre todos los conservados.

El trabajo de investigación ha estado dirigido por el Dr. Juan Castilla Brazales, al que quiero agradecer, junto a su equipo de colaboradores, el esfuerzo técnico realizado durante estos últimos años de paciente estudio que ha permitido registrar todos los soportes epigráficos de tipo poético, coránico, jaculatorios o votivos, presentes en la arquitectura de la Alhambra, localizarlos, traducirlos, clasificarlos de acuerdo a criterios tipológicos que van a permitir búsquedas individuales y correspondencias, posibilitando identificar y cotejar aquellas que presentan similitudes gráficas y de contenido así como referencias bibliográficas, estado de conservación, restauraciones que han tenido lugar y adscripción de autorías en su caso. Aunque es evidente que el principal valor sigue siendo el de su traducción al castellano, que aporta significado y da sentido a la arquitectura a la que se refiere o a la estancia en la que se dispone.

El análisis histórico artístico, la fotografía y la representación fotogramétrica han permitido crear, con el concurso de las nuevas tecnologías y el buen hacer de los profesionales de Artempus, una atractiva y útil herramienta de estudio que va a contribuir, sin ningún género de dudas, a sentar las bases de la moderna ciencia epigráfica. No se trata de un trabajo finalista. Muy al contrario, esperamos de él extraordinarios desarrollos que aumentarán el interés por esta disciplina que, al difundirse en formato digital, ayudará a profundizar algo más en el conocimiento integral de este extraordinario conjunto monumental.

Al Servicio de Investigación y Difusión del Patronato de la Alhambra y el Generalife y a quien esto firma nos ha correspondido estar al frente de la edición y diseño final de la publicación que tienen en sus manos. Un extraordinario esfuerzo que deseamos sea disfrutado no sólo por los especialistas, que lo esperaban, sino por todos los ciudadanos, que cada vez están más interesados en escuchar la "voz" de la Alhambra.



LAS INSCRIPCIONES ÁRABES DE LA ALHAMBRA

Juan Castilla Brazales

Investigador principal del Corpus Epigráfico de la Alhambra

Escuela de Estudios Árabes (CSIC)

Una breve introducción

Sin las herramientas publicitarias de que disponemos hoy, no es extraño que nuestros antepasados se valiesen del grabado en la piedra, el estuco u otros materiales como fórmula decorativa para legar a la posteridad el testimonio de gestas, conquistas, doctrinas u obras constructivas emprendidas por reyes y nobles.

Por sus peculiares características, la escritura árabe, en su vertiente epigráfica, no sólo se utilizó en arquitectura para dar fe de obediencia a Allāh o para testimoniar la generosidad del monarca victorioso que mandaba edificar. Desempeñaba, además, una función ornamental, toda vez que venía a suplir en la medida de lo posible a las artes plásticas, poco promovidas por el islam.

Para cualquiera que ignore los más básicos rudimentos de la escritura árabe es fácil recorrer los palacios nazaríes sin reparar en las miles de inscripciones que pueblan sus dependencias. Tal es así que columnas, arcos, fuentes, techos o muros no son más que algunos de los elementos representativos de cuantos dan soporte a los más variados textos que decoran la Alhambra. Precisamente, la profusión de leyendas epigráficas y el interés que éstas han despertado desde siempre hicieron de este conjunto arquitectónico «un maravilloso libro abierto».

Conviene saber que la escritura árabe ofrece una rica diversidad de formas. No obstante, cabe distinguir dos tipos fundamentales: El primero de ellos vio la luz en Kufa, la ciudad del actual Iraq, que en el siglo VII, a raíz de su fundación, se vio poblada de gente que empezó a emplear un tipo de letra que al poco serviría para fijar los textos del Corán. Esta forma de escritura, llamada *kūfī* o 'cúfico', en clara alusión al lugar donde nació, comenzó a tener desde entonces la consideración de sagrada, pues, a través de ella, y mediante copias del Corán de elegante caligrafía, se difundía la palabra de Allāh entre los fieles musulmanes. La segunda de ellas, la denominada *nasījī* o 'escritura de copistas', vino a reemplazar a la anterior una vez transcurridos los siglos de expansión musulmana. Si tenemos en cuenta que, técnicamente, el cúfico se caracterizaba por carecer habitualmente de las mociones y de los puntos diacríticos por los que se distinguen algunas letras árabes de otras, se comprenderá que el tipo *nasījī* o 'cursivo', reuniendo en torno a sus trazos todos esos elementos, haya llegado a nuestros días desempeñando un papel fundamental al ayudar a entender con claridad y a pronunciar con corrección no ya los textos coránicos, sino otros muchos de distinta naturaleza. Pensemos, por ejemplo, que el empleo del cúfico no sólo estuvo restringido a la confección de coranes. Ya en la misma época en que gozó del privilegio de ser utilizado para tan sagrado fin, comenzó a dar cuerpo a toda suerte de inscripciones, desde las más humildes, estampadas sobre objetos textiles, de cerámica, carpintería, etc., hasta las más significativas, concebidas no sólo para perpetuar el nombre de monarcas y poderosos en construcciones religiosas y civiles, sino también para permitir unos desarrollos ornamentales de los que hay notables muestras en los palacios nazaries.

En la Alhambra se dan cita las dos formas de grafía básicas: la cúfica y la cursiva. Pero, además, podemos hablar de una tercera 'mixta', resultado de combinar las dos anteriores. Cualquiera de las tres sirve para dar forma a inscripciones con contenido dispar. Quiere eso decir que, bajo trazos cúficos, cursivos o mixtos lucen en los palacios de la Alhambra desde el lema dinástico de los nazaries, el conocido *Wa-lā gālib illā Allāh* (= 'No hay más vencedor que Allāh'), hasta otras inscripciones de contenido diverso, como el votivo, el coránico, el jaculatorio, etc.

Con todo, es el lema nazarí, junto con las inscripciones de tipo regio y votivo, el que inunda las salas de la Alhambra. A su lado, nada despreciables son los cortos versos de clara significación piadosa que a veces es posible encontrar; como frecuentes son las alusiones poéticas que ensalzan al monarca constructor y ponderan literariamente las excelencias del elemento arquitectónico que da soporte a la propia inscripción.

De todas las inscripciones de la Alhambra no hay duda de que han sido las de tipo poético las que han suscitado el mayor interés de estudiosos y curiosos del Monumento. Y ello debido a que, posiblemente, no habrá otro lugar en el mundo en el que recorrer muros, tacas, columnas y fuentes se convierta en un ejercicio tan similar al de hojear las páginas de un libro de poemas, circunstancia esta que concede al conjunto alhambrense la feliz particularidad de aunar composición poética y epigrafía, original combinación de arte y ciencia promovida por los monarcas y ejecutada por poetas que trabajaban a sus órdenes en la Secretaría de Redacción. Estos últimos, de acuerdo con proyectos decorativos premeditados, se encargaban de diseñar los espacios donde habrían de perpetuarse sus versos; unas veces compuestos ex profeso, otras, entresacados de largos poemas salidos con antelación de su pluma. Luego, ellos mismos se preocupaban de seguir muy de cerca todo el proceso que llevaba hasta la piedra, el yeso o la madera, el fruto de su inspiración.

Hay entre este tipo de inscripciones unas que encierran referencias religiosas o históricas, pero son mayoritarias las que aluden al lugar en el que están grabadas. Si en unos casos es el poema el que hace un llamamiento al edificio o el que traza un retrato del elemento arquitectónico, en otros, es la propia inscripción la que se expresa en primera persona valiéndose de los versos. No faltan tampoco las leyendas poéticas que se erigen en ingeniosas locuciones que hablan al monarca promotor de la construcción o declaman versos dirigiéndose a la persona que se detiene a contemplarlas.

El estudio de las inscripciones

Tras la toma de Granada por los cristianos, y después de que éstos consolidasen su poder en las primeras décadas del siglo XVI, los nuevos dueños de los palacios árabes empezaron a sentir curiosidad e interés por desentrañar el contenido de aquella escritura que hacía de los muros, fuentes o columnas una insólita, ingeniosa y extraordinaria edición literaria. La Alhambra empezaba a abrirse a la Europa renacentista y concitaba la atención y el interés de todos cuantos acudían a visitarla. Y lo mismo que hubo de concentrar en sí misma miradas que admiraban la belleza de sus formas, no hay duda de que esas mismas miradas, las de los castellanos que ya empezaban a amar aquel conjunto monumental, comenzaron pronto a cuestionarse las preguntas ya típicas que se repiten una y otra vez los turistas de nuestros días: ¿De qué se habla en esta pared?, ¿qué significa lo que hay escrito en esa columna? o ¿cómo se traduce lo que rodea el borde de aquella fuente?

La tarea de dar respuesta a tales preguntas quedó en manos de personas que, como a continuación veremos, emprendieron la empresa con desigual fortuna.

EL SIGLO XVI

Por lo que respecta a las transcripciones y traducciones de las inscripciones de la Alhambra, las dos versiones más antiguas, punto de partida de todas las demás, hay que circunscribirlas al siglo XVI:

La versión de los romanceadores del Concejo

Fue el propio Cabildo municipal de Granada el que se preocupó con relativa rapidez de averiguar el significado de los epígrafes árabes. Una real provisión dada por los Reyes Católicos

el 15 de octubre de 1501 contemplaba la provisión de cuatro intérpretes y doce pregoneros, con la particularidad de que seis de estos últimos debían ser de lengua árabe. Fue con esa fecha cuando quedó fijada la institución de los romanceadores del Cabildo.

Más tarde, entre 1556 y 1557, por acuerdo del Concejo granadino, los intérpretes de esta corporación trasladaron parte de las inscripciones árabes existentes, no sólo en el recinto de la Alhambra, sino también en otros edificios de la ciudad.

Por noticias que nos llegaron en siglos posteriores, sabemos que la versión hecha por estos intérpretes adolecía de graves errores, amén de presentar el gran inconveniente de haber sido transcritos los textos árabes en caracteres latinos.

Simón de Argote, destacado filósofo y jurista, autor de los *Nuevos paseos por Granada y sus contornos*, heredó una copia del manuscrito de los intérpretes. De Argote pasó luego a Leopoldo Eguílaz y Yanguas (1829-1901), profesor de Árabe de la Universidad de Granada, quien la puso posteriormente en manos de Antonio Almagro Cárdenas, arqueólogo, historiador y lingüista de mediados del XIX, que llegó a ser catedrático de Árabe en Granada.

Lamentablemente, el trabajo original de los intérpretes no nos ha llegado. Nos consta que fue conservado durante más de dos siglos en el Archivo del municipio granadino. Ya a finales del XIX, por Rodrigo Amador de los Ríos sabemos de anotaciones hechas en algunos manuscritos de la Real Academia de la Historia que, al tratar de las inscripciones árabes, referían la existencia entonces –hablamos del año 1761– de una copia de un cuaderno redactado en 1556. Quiere esto decir que algo más de dos siglos después de confeccionado el trabajo, éste aún existía.

La versión del morisco granadino Alonso del Castillo

También por acuerdo del Concejo de Granada, en 1564 el morisco granadino Alonso del Castillo fue encargado de recopilar las leyendas epigráficas árabes granadinas y darles traducción. Intérprete del Ayuntamiento granadino desde 1555, de Felipe II desde 1570, y romanceador del Tribunal del Santo Oficio desde 1575, este hijo de morisco converso, gran conocedor de la lengua árabe, copió poemas de la Alhambra, así como inscripciones fundacionales y sepulcrales de algunos sultanes nazaríes, añadiendo la traducción castellana y una muy breve explicación de los vocablos árabes que estimó más difíciles de entender. Según se deduce de esto último, aunque transcribió y tradujo gran número de inscripciones, dejó de estudiar algunas otras por razones que, objetivamente, hoy no podemos saber. Sí podemos sospechar que algunas zonas del Monumento, siendo quizás más privadas, crearon más obstáculo a su trabajo. Y puestos a elucubrar, no es nada raro pensar que en algunos casos dejara de leer algunas inscripciones por una razón tan sencilla como es que en ese momento el edificio se hallase inmerso en una de las innumerables obras y reformas que se acometieron para acondicionar las estancias a los nuevos reyes. En esas circunstancias, andamios adosados a las paredes pudieron dificultar su labor impidiéndole ver parte de las inscripciones.

Sustancialmente, debemos considerar la obra de Alonso del Castillo la primera de epigrafía árabe granadina. Su labor, base y fundamento de quienes la continuaron, hay que calificarla de extraordinaria, habida cuenta de que nadie en su época ni en centurias posteriores pudo o supo superarla. Probablemente no realizó su trabajo con el orden y la exhaustividad que hoy todos deseáramos, toda vez que, por ejemplo, dejó sistemáticamente sin registrar las leyendas cúficas, e incluso las cursivas de menor extensión o de procedencia coránica. Y quizás quepa advertir que examinó los rótulos con cierta premura y poco detenimiento. Esto último se traduce en algunos errores que, como es lógico, perjudican a la traducción, siempre más libre que literal. Pero, pese a ello, nadie puede negar hoy día mérito y vigencia a su trabajo:

mérito por cuanto, gracias a él, han pervivido impresas en manuscrito y, por tanto, en la memoria de la Historia, inscripciones que las restauraciones se llevaron para siempre; y vigencia, por cuanto no hay que remontarse al historiador granadino del siglo XVI Luis de Mármol, o a arabistas españoles y extranjeros de otras centurias, para advertir hasta qué punto todos utilizaron el trabajo de Del Castillo. Basta, por el contrario, asomarnos a las páginas de guías contemporáneas de Granada y de la Alhambra para comprender el valor que aún posee la labor desempeñada por el morisco en el siglo XVI.

Por lo que podemos saber, parece ser que Alonso del Castillo hizo varias copias de su trabajo, aunque éste es un asunto sobre el que los investigadores se han pronunciado de forma desigual. En el supuesto de que hubiese sido así, a mediados del XIX sólo se conocía el paradero de una de ellas, que obraba en poder del arabista malagueño Serafin Estébanez Calderón. Hay quienes la identifican con la que se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional de Madrid con el número 7453, en tanto que otros la suponen distinta. Y, la verdad sea dicha, no parece haber hasta el momento muchos indicios que ayuden a pronunciarse a favor de una u otra postura.

EL SIGLO XVIII

El informe de Miguel Casiri

Por Amador de los Ríos sabemos que Miguel Casiri, un orientalista siromaronita al que se dio el encargo de catalogar los manuscritos de El Escorial, se sirvió del trabajo de los romanecedores del Cabildo granadino y del manuscrito de Alonso del Castillo. Tuvo que recurrir a ellos para elaborar un informe sobre las inscripciones de la Alhambra que la Academia de la Historia le había solicitado. Lamentablemente, el informe, redactado en 1761, se perdió.

El Padre Echeverría

Muchos juicios y muy dispares ha despertado la obra titulada *Paseos por Granada y sus contornos*, escrita por Juan Velázquez de Echeverría, clérigo granadino de comienzos del siglo XVIII que anduvo a caballo entre la labor del historiador y la del periodista. El trabajo, impulsado por los vientos de la Ilustración, o si se quiere, fruto del periodismo ilustrado de la época, apareció en 1764. Y lo hizo en entregas semanales, siguiendo en eso las tendencias del momento.

Según podemos interpretar hoy, el Padre Echeverría conoció y consultó la obra de Alonso del Castillo. No obstante, en su intento de corregirle, cometió tal número de equivocaciones que, sin duda, descalifican al clérigo como traductor.

Los viajeros extranjeros

A finales del siglo XVIII, viajeros llegados de fuera de España se ocuparon de las inscripciones de la Alhambra. Para sus trabajos siguieron, fundamentalmente, la versión que les brindaba el Padre Echeverría.

Al hablar de viajeros nos referimos, en general, a artistas que desarrollaron su labor creativa conforme a directrices muy alejadas del interés puramente epigráfico. No obstante, merecen ser reseñados por cuanto constituyeron un puente de actuación entre los trabajos antes mencionados y otros de mayor repercusión que se llevarían a cabo en la centuria siguiente.

Cabe destacar entre ellos a Ricard Twiss, que en el año 1776 publicó en Berna su *Voyage en Portugal et en Espagne*; o al autor anónimo de *Nouveau voyage en Espagne*, trabajo publicado en Londres en 1782; o a Henry Swinburne, que en 1779 sacó a la luz en Londres sus *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*.

Tras estas obras se esconden personalidades muy definidas que, como en el caso del último citado, responden a la figura del típico viajero inglés que recorría mundo amparándose en fortunas que les llegaban por herencia.

EL SIGLO XIX

La primera mitad

El auge de la mentalidad romántica provocó en Occidente una revalorización de lo oriental. Granada en general, y la Alhambra más concretamente, constituían uno de los destinos en los que aún pervivía una atmósfera cargada de exotismo. La llegada de numerosos escritores, artistas o simples viajeros contribuyó a crear el ambiente propicio para impulsar la restauración de los valores artísticos de la ciudad palatina.

En la primera mitad del siglo XIX aparecieron trabajos que, en la línea de los inmediatamente anteriores, siguieron la versión de Echeverría y, por tanto, carecen de gran interés para el estudioso de la epigrafía. Fueron también obra de viajeros que se ocuparon de las inscripciones de la Alhambra desde un punto de vista artístico. Cabe destacar entre ellos el publicado en París entre 1806 y 1820 bajo el título de *Voyage pittoresque et historique en Espagne*, de Alexandre de Laborde, o conde de Laborde (1773-1842), político y arqueólogo francés, hijo de un banquero español de origen vasco. El trabajo fue publicado por entregas hasta completar cuatro volúmenes. Merecen, asimismo, ser citados el libro titulado *Picturesque Sketches in Spain taken during the years 1832 and 1833*, del pintor londinense John F. Lewis, publicado en Londres en el año 1836, lleno de grabados inspirados en las estampas de Laborde; y *The Handbook for Travellers in Spain*, obra del escritor inglés Richard Ford, parcialmente editada por el Patronato de la Alhambra en 1953.

A este mismo período se remontan otros trabajos que, siguiendo la versión de Del Castillo, tendrían una mayor repercusión en el futuro y despertarían mucho más interés. Cabría incluir entre éstos el de Pablo Lozano, literato madrileño con conocimientos de árabe al que la Real Academia de San Fernando encargó que tradujese, entre otras, las inscripciones de la Alhambra, para la segunda parte de la obra *Antigüedades árabes de España*. El libro, publicado en Madrid en 1804, reproduce en efecto la versión de Del Castillo, si bien su autor, en su intento de corregir al morisco granadino, comete errores injustificables.

Quienes constituyeron en esencia un grupo del que saldrían obras de características muy similares fueron Shakespeare, Dernburg y Gayangos. Todos ellos trabajaron sobre la base de un material elaborado por artistas para quienes los rótulos árabes sólo tenían un interés secundario.

Al orientalista inglés John Shakespeare debemos *A Collection of the Historical Notices and Poems in the Alhambra of Granada*, apéndice a la *History of the Mahometan Empire in Spain*, que fue publicada como introducción histórica de la obra *The Arabian Antiquities of Spain*, del arquitecto James Cavanah Murphy. El trabajo fue editado en Londres entre 1813 y 1816.

Al orientalista franco-alemán Joseph Dernburg debemos *Inscriptions de l'Alhambra*, apéndice a la famosa obra del historiador del arte Girault de Prangey titulada *Essai sur l'architecture des Arabes et des Mores en Espagne, en Sicile et en Barbarie*, publicada en París en 1841. A Pascual de Gayangos, erudito sevillano muerto en Londres en 1897, debemos una traducción de las inscripciones de la Alhambra en inglés y francés. Su trabajo figura como apéndice a *Plans, elevations, sections and details of the Alhambra*, una obra del arquitecto londinense Owen Jones, publicada en Londres en dos volúmenes, entre 1837 y 1842.

Con todo, el trabajo editado por Dernburg está considerado como el mejor de los tres citados, pues, además de contar con los magníficos diseños de Girault de Prangey y utilizar los textos de Del Castillo y Shakespear, el alemán aplicó por primera vez la métrica árabe a los poemas de la Alhambra y dispuso de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, el titulado *Azhār al-Riyāḍ*, de al-Maqqarī, donde, entre otra valiosa información, aparecían casidas de Ibn Zamrak parcialmente reproducidas en algunas inscripciones de la Alhambra.

La segunda mitad

Con las *Inscripciones árabes de Granada*, de Emilio Lafuente Alcántara, se abrió un nuevo período en lo relativo a la epigrafía de la Alhambra. Publicado en Madrid en 1859, cuando su autor sólo tenía veintinueve años, este trabajo fue en su conjunto, y según la opinión más generalizada, el más serio en tratar la cuestión. Aún hoy, en pleno siglo XXI, constituye una referencia de primer orden cuando queremos estudiar las leyendas epigráficas granadinas. De ahí el acierto de haberse publicado en el año 2000 una moderna edición facsímil de la obra, prologada por María Jesús Rubiera.

El dominio que su autor tenía de la lengua y la métrica árabes, unido a su notable honradez científica, hacen de su obra la mejor sobre el tema desde la redactada por el morisco Alonso del Castillo, constituyendo junto a la de éste la más valiosa y fundamental aportación al estudio de las inscripciones granadinas.

Dos décadas después de aparecer el trabajo de Lafuente, en 1879, fue publicado el *Estudio sobre las inscripciones árabes de Granada*, por Antonio Almagro Cárdenas, catedrático de Árabe de la Universidad de Granada. De su corta producción, destacó sin duda el libro al que

nos hemos referido, un encargo del Ayuntamiento granadino en el que aportó una traducción de las inscripciones siguiendo a Del Castillo, Lozano, Echeverría, Gayangos y Lafuente. Sus maestros, Leopoldo Eguílaz y Francisco Javier Simonet, ambos profesores de Árabe de la Universidad de Granada, no sólo se ocuparon de recomendar la obra de su discípulo, sino también de censurar el libro de Lafuente, por aquellas fechas ya agotado. No obstante, no hubo que esperar muchas décadas para que los arabistas defendieran con justicia el valor de uno y otro. De manera que nadie duda hoy de que la obra de Almagro es en un amplio porcentaje una copia del trabajo de Emilio Lafuente.

No sería de justicia dejar de nombrar algunos trabajos de menor relieve aparecidos en la segunda mitad del XIX, obra de autores que se limitaron a registrar leyendas epigráficas con mayor o menor fortuna. Nos referimos en concreto a tres:

En primer lugar, la que lleva por título *Granada y sus monumentos árabes*, aparecida en Málaga en 1875, debida a José Oliver Hurtado, en colaboración con su hermano Manuel. En segundo lugar, el denominado *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba*, publicado en 1878 en Madrid por el segundo de los tres miembros de una misma familia bajo cuya responsabilidad quedó la conservación de la Alhambra durante décadas. Nos referimos, en concreto, a Rafael Contreras.

Por último, la titulada *Memoria acerca de algunas inscripciones arábicas en España y Portugal*, publicada en 1883 en Madrid por Rodrigo Amador de los Ríos, el conocido escritor e historiador que, destinado en el Museo Arqueológico Nacional, fue comisionado por el Gobierno para viajar por España y Portugal con objeto de recoger inscripciones árabes.

DEL SIGLO XX A LA ACTUALIDAD

Los arabistas que ya en el siglo XX se ocuparon de las leyendas epigráficas granadinas se inclinarían sin reservas por los trabajos que debemos considerar fundamentales en toda la historia de las inscripciones de la Alhambra: el de Alonso del Castillo y el de Emilio Lafuente.

En esta línea y por orden cronológico hemos de citar en primer lugar a Mariano Gaspar y Remiro, arabista nacido en Zaragoza que ocupó, entre otras, la cátedra de Árabe de la Universidad de Granada. Los trabajos que de él nos interesan aparecieron en 1908 y en 1911. El primero de ellos fue un artículo periodístico titulado «Literatura de la Alhambra», publicado en Granada en *Los Lunes de «El Imparcial»* [Granada, 20 de julio de 1908], mientras que el segundo lo publicó en la *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino* con el título de «Las inscripciones de la Alhambra (errata corrigenda)» [I (1911), 38-53, 93-108, 154-94].

A continuación habría que mencionar dos artículos del arabista e hispanista finlandés O. J. Tállgren: uno, aparecido en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* en el año 1929, con el título de «Una inscripción de la Alhambra (ensayo crítico)» [II (1929), 47-58]; y otro publicado en Leipzig, también en 1929, bajo el título de «Zu den Prachtschriften der Alhambra» [en *Ephémérides Orientales d'Otto Harrassowitz* (Leipzig, nº 40, octubre 1929), 1-8]. En cualquier caso, sirven más bien de testimonio, pues a la brevedad de los trabajos, apenas de diez páginas cada uno, se unen algunos desvaríos en las traducciones.

Más tarde, fueron, sin duda, los trabajos de Lévi-Provençal, Nykl y García Gómez los que marcaron, según este orden de aparición, un avance serio en los estudios epigráficos granadinos.

Por lo que respecta a Lévi-Provençal, merece ser muy tenida en cuenta su obra titulada *Inscriptions arabes d'Espagne*, editada en Leiden y París en 1931. En ella, el célebre arabista, aparte de ofrecer una magnífica introducción con consideraciones generales sobre la epigrafía árabe en España, empleó treinta y cinco páginas de texto y algo menos de una decena de reproducciones de piezas, correspondientes todas ellas a la provincia de Granada, a la cuestión que a nosotros nos interesa, si bien es verdad que, en síntesis, su trabajo se redujo a hacer una reedición de los epitafios de los sultanes nazaríes y de algunas inscripciones conmemorativas.

El profesor norteamericano A. R. Nykl, consumado políglota de origen checo, pasaría a la historia de las inscripciones granadinas como figura clave de su estudio. Para empezar, debe decirse en su favor que llevó a cabo correcciones de los textos trabajando *in situ* en los palacios nazaríes, pues residió durante algún tiempo en Granada, en los años de la Guerra Civil, trabajando en concreto en la Escuela de Estudios Árabes. Pero el valor de su trabajo no sólo reside en sus correcciones, acertadísimas en la mayoría de los casos, sino en las nuevas inscripciones que descubrió; tal fue el caso, por ejemplo, de la azora LXVII de la Torre de Comares. Su trabajo, muy breve, se reduce a veinte valiosísimas páginas. Fue publicado en el nº IV de la revista *Al-Andalus*, en los años 1936-9, y lleva por título «Inscripciones árabes de la Alhambra y el Generalife» [pp. 174-94].

Aunque el trabajo titulado *Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra* sirviera a Emilio García Gómez de discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia en 1943, su interés por estudiar las inscripciones de la Alhambra remontaba a bastante tiempo atrás. El discurso fue incluido un año después en su célebre y aplaudido libro *Cinco poetas musulmanes*, publicado en Madrid, en el nº 513 de la Colección Austral, y se materializó como libro aparte en 1975.

Por Dernburg sabíamos desde 1841 que algunas de las poesías que decoraban los palacios nazaríes se debían a Ibn Zamrak. Esta vaga aunque sin duda valiosa información pareció completarse cuando García Gómez, haciendo uso de unos textos que al-Maqqarī, como recopilador, ponía en boca del propio Ibn Zamrak, los tradujo al castellano a propósito de un artículo en el que incidentalmente estudiaba la etimología del término Alixares. A través de ese trabajo [«La etimología de Alixares», *Al-Andalus*, II (1934), 226-9] ya se supo en versión de García Gómez que el célebre poeta se reconocía autor de la totalidad de los versos grabados en el Conjunto Monumental. Este dato hubo de suponer en su momento y desde el punto de vista filológico una gran aportación para el conocimiento de las inscripciones poéticas de la Alhambra. Sin embargo, la afirmación algo presuntuosa del propio poeta fue trasladada por García Gómez con la mayor precaución, pues, lejos de creer a pie juntillas las palabras de Ibn Zamrak, el arabista, muy comedido, adoptó una actitud prudente que el paso de los años avaló, pues la edición de manuscritos y la aparición de trabajos fundamentales para el desarrollo del estudio de las inscripciones poéticas de la Alhambra desmintieron las palabras tan rotundas de Ibn Zamrak.

No sería justo dejar de citar en este recorrido cronológico un trabajo del marroquí Muḥammad b. 'Awda, aparecido en 1954, en la revista *Al-Anwār* de Tetuán [nº 42, pp. 7-8, 19, 31-2; nº 43, pp. 9-10, 25-8; nºs 44 y 45, pp. 9-10, 23-5; nº 46, pp. 8, 28-9; y nº 47, pp. 13-5, 30]. Sus páginas, no obstante, resultan poco relevantes, toda vez que en ellas el autor se limitó a registrar una parte de las inscripciones alhambrenas siguiendo para ello principalmente a Almagro, de quien reprodujo incluso todos sus errores.

El 8 de noviembre de 1981 el periódico ABC publicó un artículo de García Gómez titulado «La fuente alhambrena de los Leones». Sólo su autor pudo saber el verdadero interés que le movió a publicar casi cuarenta años después una mínima parte del material acumulado

décadas atrás. Lo que sí parece deducirse de sus propias palabras, expresadas cuatro años más tarde, con motivo de la publicación de sus célebres *Poemas de la Alhambra*, es que con su trabajo trataba de brindar una versión distinta de la ofrecida poquísimos años antes por Darío Cabanelas y Antonio Fernández Puertas al tratar del poema de la Fuente de los Leones.

Los trabajos de García Gómez sobre inscripciones se completaron más tarde con la que pasa por ser una de sus más conocidas obras: los *Poemas árabes en los muros y fuentes de la Alhambra*, publicada en Madrid por el Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, en 1985. Este libro marcó un hito en su momento y hay que reconocer en sus páginas numerosos aciertos, debidos a la excelente formación de García Gómez, que aunaba entre sus méritos un gran conocimiento de la lengua y la literatura árabes clásicas, además de una facilidad envidiable para versificar y traducir. Pese a ello, a la vista de los resultados obtenidos, hay bastantes detalles de su obra que pueden hoy ser discutidos, pues aun contando ciertamente con una extraordinaria intuición lingüística y unos conocimientos literarios muy por encima de los de otros muchos especialistas, en el caso de las leyendas poéticas de la Alhambra, quizás jugó en su contra uno de los principales factores a tener en cuenta por el epigrafista: García Gómez realizó ese trabajo desde la distancia, prescindiendo en ocasiones de una labor imprescindible para la que no tendría que haber regateado tiempo, cual era la de enfrentarse en directo a los muros y contemplar las leyendas *in situ*, un trabajo que sí realizaron en distintas épocas Del Castillo o Lafuente, por poner un ejemplo, y evitaron otros tantos, como fue el caso de Gayangos, quien, desarrollando la tarea desde Londres, basándose en calcos y dibujos, incurrió sin remedio en numerosos errores.

Quien sí trabajó ante los muros el tiempo que le fue posible fue María Jesús Rubiera, catedrática de Árabe de la Universidad de Alicante. En la década de 1970 publicó tres trabajos que, por orden cronológico, se corresponden con los siguientes títulos: «Los poemas epigráficos de

Ibn al-Ŷayyāb en la Alhambra» [*Al-Andalus*, XXXV (1970), 453-73], «De nuevo sobre los poemas epigráficos de la Alhambra» [*Al-Andalus*, XLI (1976), 207-11], e «Ibn Zamrak, su biógrafo Ibn al-Aḥmar y los poemas epigráficos de la Alhambra» [*Al-Andalus*, XLII (1977), 447-51].

Como ya señalaba la propia autora, con el primero de esos artículos se servía de la filología como feliz aliada de la epigrafía al analizar a través de un manuscrito inédito el *dīwān* de Ibn al-Ŷayyāb y descubrir que determinados poemas del Monumento eran de este autor, destacado visir y poeta granadino que desempeñó su labor durante más de medio siglo al servicio de seis monarcas.

No menos valioso fue el segundo de los tres artículos citados. Apareció cuatro años después de que Muḥammad al-Šarīf Qāhir sacase a la luz en Argel uno de los *dīwānes* de Ibn al-Jaṭīb, edición de la que se sirvió Rubiera para descubrir que algunos de los versos del célebre visir granadino se habían perpetuado en las tacas situadas en el arco que precede al Salón de Comares.

En el tercero de los tres artículos citados, la autora daba noticia de la existencia de un manuscrito localizado en Túnez, entonces inédito, que contenía el *dīwān* de Ibn Zamrak. Treinta años después, en 1997, fue editado por Muḥammad Tawfiq al-Nayfar en Beirut. Un año más tarde, también en Beirut, apareció otra edición parcial, debida a Aḥmad Salīm al-Ḥumṣī.

El enorme interés que despertó la obra titulada *Ibn al-Ŷayyāb, el otro poeta de la Alhambra*, publicada por Rubiera en Madrid, en 1982, nos consta por el hecho de que se agotó con rapidez. En 1994, el Patronato de la Alhambra, con buen acierto, procedió a reeditarla en el número 4 de la colección Minor.

Con el título «Inscripciones poéticas del Partal y de la fachada de Comares» [*Cuadernos de la Alhambra*, 10-11 (1974-5), 118-99] arrancaba una serie de artículos que publicaron conjuntamente Darío Cabanelas y Antonio Fernández Puertas, catedráticos ambos de la Universidad de Granada.

Verdaderamente, el enfoque y desarrollo de esta serie de trabajos constituían en aquellos entonces una novedosa forma de enfrentarse al estudio de las inscripciones. En tal sentido, los autores dejaban muy claros cuáles eran los nuevos planteamientos que se proponían, advirtiendo que iban a utilizar por vez primera, en su conjunto, elementos que no se habían tenido en cuenta en los estudios dedicados al tema, circunscritos generalmente hasta entonces al aspecto filológico. Nació así la colaboración de dos especialistas con cometidos distintos pero a la vez complementarios. Cada uno de ellos aportaba puntos de vista diferentes, de forma que el lingüístico se combinaba con el artístico.

Al artículo antes citado le siguió tres años después, en 1978, otro titulado «Inscripciones poéticas del Generalife», aparecido en el nº 14 de los *Cuadernos de la Alhambra* [pp. 3-86]. Muy en la línea del anterior, en este trabajo, aparte de estudiar el topónimo del Generalife, aportaban los autores los textos poéticos junto a sus distintas versiones, y dedicaban capítulos a la composición epigráfica, así como a la decoración floral, dejando para el final un apartado de interesantes conclusiones donde hablaban, entre otras cosas, del autor de los poemas o de los monarcas nazaríes.

En los números 15-17 de los *Cuadernos de la Alhambra*, correspondientes a los años 1979-1981, apareció un nuevo trabajo de la serie que venimos comentando, el titulado «El poema de la Fuente de los Leones» [pp. 3-88], según una estructura que daba repaso en primer lugar a la taza de la fuente, estudiaba luego el poema con sus respectivos texto y versión y, por último, establecía un capítulo de conclusiones.

El cuarto y último trabajo de esta serie de artículos en colaboración apareció en los números 19-20 de los *Cuadernos de la Alhambra* [1983-4, pp. 61-149]. Su título, «Los poemas de las tacas del arco de acceso a la Sala de la Barca», no precisa de aclaración sobre el objeto que trataban, del que hacían una descripción general antes de estudiar los poemas por separado con sus textos y versiones, y antes de repasar sus características desde un punto de vista artístico.

Pero su labor epigráfica no se redujo a esos artículos. En esa misma década de 1970 y posteriormente fueron apareciendo interesantes trabajos de ambos por separado. El espacio limitado al que nos obligan estas páginas impide mencionar con exhaustividad la larga producción de uno y otro. Limitémonos, por tanto, a mencionar como trabajo muy representativo de Fernández Puertas el que lleva por título *La escritura cúfica en los palacios de Comares y Leones*, publicado por la Universidad de Granada en 1974, minucioso estudio en el que su autor, después de tratar en síntesis la escritura cúfica hispanomusulmana, estudia en detalle el alfabeto cúfico nazarí. Más reciente es el anexo que, bajo el título de «La Alhambra», llevó a cabo para la exposición denominada *Ibn Jaldún. El Mediterráneo en el siglo XIV: Auge y declive de los imperios* [Granada, 2006, pp. 98-125]. Por lo que respecta a los trabajos en solitario de Darío Cabanelas, pueden servir de ejemplo «Las inscripciones de la Alhambra según el morisco granadino Alonso del Castillo», [*MEAH*, XXV (1976), 7-32], o «Una breve inscripción inédita en la Alhambra de Granada» [en *Homenaje a Manuel Ocaña Jiménez*, 55-63].

La labor de Cabanelas y Fernández Puertas, con ser muy valiosa y acertada, fue parcial. Al igual que hiciera recientemente Mohamed El-Gamal [*Los palacios de la Alhambra. Diwan de la arquitectura y las inscripciones árabes*, Alejandría, 2004], ambos siguieron sustancialmente la línea emprendida por Alonso del Castillo, apartándose un tanto de los presupuestos que habían movido en el siglo XIX a Lafuente Alcántara a acometer el estudio de las inscripciones en su totalidad y no en exclusiva el de las leyendas poéticas.

Es justo en este punto cuando parece más oportuno sacar a colación la ingente tarea epigráfica desarrollada por José Becerril, un investigador autodidacta que, sin ser arabista, decidió, una vez alcanzada la jubilación, dedicar gran parte de su tiempo a clasificar y analizar las leyendas epigráficas del Conjunto Monumental. Sus largos años de estudio, junto a una extraordinaria agudeza e ingenio, le han aportado valiosa experiencia en el campo de la epigrafía alhambrense, rico bagaje del que nos sentimos en gran parte deudores todos los que nos hemos propuesto en estos últimos tiempos retomar la tarea que emprendiera hace siglos Lafuente Alcántara.

EL PRESENTE

Decimos bien cuando afirmamos sin reservas que nos estimula gratamente considerarnos continuadores del trabajo de Emilio Lafuente (1830-68), breve a tenor de su corta vida, segada a la jovencísima edad de treinta y ocho años, pero de enorme valor si pensamos en la escasez de recursos con los que contó. Al reto que se nos presenta no hay que darle demasiadas vueltas. Reanudamos un camino pero, dada la facilidad de medios que nos proporciona la era tecnológica que vivimos, estamos obligados a ampliar horizontes, no limitándonos a reproducir un muestreo de inscripciones procedentes de las distintas zonas del Monumento, sino tratando de registrar con la mayor exhaustividad todos y cada uno de los letreros epigráficos que lucen en los palacios nazaries, desde los poéticos hasta los coránicos, pasando por los de tipo jaculatorio o votivo, haciendo uso para ello de las modernas técnicas que nos brinda la informática y sirviéndonos de los aparatos de precisión más sofisticados. De acuerdo con esas premisas y muy conscientes de la trascendencia de nuestro trabajo, toda vez que habrá de ser útil en un futuro a toda la comunidad científica, ya desde un principio nos propusimos elaborar una base de datos común, con todas las inscripciones catalogadas

sistemáticamente, para que, de ese modo, cruzada aquélla con los correspondientes planos de situación del Monumento, se pudiesen hacer, a través de un programa informático de acceso, consultas y búsquedas rápidas de los rótulos.

La labor, concebida así, la venimos desarrollando un equipo de trabajo compuesto por investigadores de la Escuela de Estudios Árabes, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Han sido años en los que, además de confeccionar un programa informático ex profeso para el proyecto, hemos ido hilvanando patrones y esquemas que han pasado inevitablemente por localizar, identificar, examinar, clasificar, leer, transcribir, traducir, fotografiar, dibujar, describir, medir, registrar y, en su caso, reconstruir, una por una todas las inscripciones del Monumento, de cuyos detalles se da cuenta a través de fichas individuales, acompañadas todas ellas de un número de identificador que, además de facilitarnos una rápida localización del rótulo, cuenta con unos dígitos que nos han ayudado internamente a clasificar las inscripciones por zonas, espacios y paramentos. Las fichas, además, contienen registros sumamente útiles que nos informan del tipo de epígrafe ante el que nos hallamos, de su tipo de letra, de sus dimensiones reales, o del soporte sobre el que se inscribe. Pero también brindan un campo que facilitará la lectura de la inscripción a todos aquellos que, aun conociendo la lengua árabe, no están familiarizados con los desarrollos ornamentales propios de la epigrafía de la Alhambra, así como otro en el que se recoge la traducción al castellano de cada leyenda. De igual modo, al usuario le será posible vincular cada ficha con la fotografía de cada rótulo, así como con su dibujo. Otro campo específico nos ofrecerá la posibilidad de conocer todos los detalles ornamentales y de forma de cada leyenda, así como su ubicación exacta. Un registro que hemos denominado "Correspondencias" nos permitirá identificar y cotejar todas las inscripciones que son similares, tanto por su contenido como

por su tipo de escritura, en tanto que otro contendrá mediante siglas abreviadas todas las referencias bibliográficas que guardan relación con la inscripción. De otro lado, aunque no sean muchos los casos en los que se pueda recurrir al campo que hemos encabezado con el título de "Autoría", dado que es sólo aplicable a las leyendas poéticas, sí creemos que satisfará las necesidades del especialista y la curiosidad del usuario cuando, a través de él, se pueda conocer el nombre del poeta al que se atribuyen unos versos determinados. Finalmente, el campo llamado "Otros" se ha reservado para algunas anotaciones y observaciones particulares que tengan que ver con las restauraciones a las que se haya visto sometida la leyenda, el estado físico de ésta, o determinadas aclaraciones que hayamos estimado precisas.

Con el ánimo de no cargar excesivamente el contenido de estas páginas, hemos optado por no incluir en ellas ni los datos técnicos que tienen que ver con las herramientas y metodologías que han acompañado a nuestro trabajo, ni las interesantes estadísticas que vienen arrojando nuestros años de estudio, y ni tan siquiera los criterios que hemos seguido a la hora de elaborar este Corpus Epigráfico de la Alhambra. A todo ello, junto con un breve glosario de términos especializados, así como un capítulo relativo a la bibliografía utilizada, tendrá acceso el usuario a través del menú principal del presente DVD.

Cabe, por último, advertir que, de acuerdo con nuestros planteamientos iniciales, y con objeto de facilitar nuestra tarea, siempre concebimos la necesidad de dividir el Conjunto Monumental por zonas. Atendiendo a esas premisas, decidimos sacar a la luz los resultados de nuestra labor por fases, en trabajos independientes. Entiéndase, por tanto, que las 3116 inscripciones que contiene este DVD se corresponden sólo y exclusivamente con el espacio conocido por Palacio de Comares, ámbito rico y uniforme al que se irán sumando en futuras entregas otros espacios con una entidad propia similar.





عن مولانا
الشيخ الطاهر بن
عبد الله

عن مولانا
الشيخ الطاهر بن
عبد الله

RECOMENDACIONES DE USO

Rosto endio conumsan venim dolobor augait alis nim in vulla aute modigna augue velis nit praessequate erostisl ulla feu faciniam, sum ilis dui ea amcore ver sum volortin henim volore ea conum vel dolupta tuercil ut alit wis augiamet vercil eugait praese deliquat iustrud dolut accum vulput alit praestrud magna facinim ipit lam vel utat.

Iduisci eugait acil enit, veraese quipit, consed ting exero odio duissie niamet ip et utpate feugiam, veratue faccum accum duiscil eniamco nsenis nim velent il dit alis accumsandre dolore min ex ea cor si.

Quat Pit, quamet, core feuisl esent wis nonulla facincin utat. Ut nit iuscung ectet pratie delis ad tem nim del utat. Tate min ut landre velit aliquam, vel ut lan ut aliquamet ad dunt utpationsed te feui te ting ex enis adigna faccum quat dolortin ut velestie mod diam do od tat praesed modiamie tueraessed et laore faccum irit in hendre tat am, sequissi tet veniatummy nulla feuiptu stismolessed te commy nullaore

CRÉDITOS

EDICIÓN Y COORDINACIÓN GENERAL

Patronato de la Alhambra y el Generalife

M^ª del Mar Villafranca Jiménez

Directora del Patronato de la Alhambra y el Generalife

Carmen Yusty

Jefa de Servicio de Investigación y Difusión

INVESTIGACIÓN, DOCUMENTACIÓN GRÁFICA Y TEXTOS

Escuela de Estudios Árabes (CSIC)

Juan Castilla Brazales

Investigador principal del Corpus Epigráfico de la Alhambra

Director de la Escuela de Estudios Árabes

Naima Anahnah Boutzaght

Mariana Kalaitzidou

Becarias de investigación

DISEÑO Y PRODUCCIÓN Artempus
FOTOCOMPOSICIÓN Y FOTOMECÁNICA aaaaaaaaaa

IMPRESIÓN aaaaaaaaaa

ENCUADERNACIÓN aaaaaaaaaa

DEPOSITO LEGAL aaaaaaaaaa

ISBN aaaaaaaaaa

© del texto: Los autores y el Patronato de la Alhambra y el Generalife

© de las imágenes: Patronato de la Alhambra y el Generalife
Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

INFORMACION Y VENTA

librería@librierialalhambra.com

difusion.pag@juntadeandalucia.es



